

LA BIBLIOTECA DESPUÉS DE L’ORÉAL

De la experiencia en L’Oréal saqué en claro que había estado viviendo dentro de un formato Gillette, y que no era lo mismo que el mercado real — y que si alguna vez me encontraba fuera de un contexto corporativo, estaría completamente desarmado para enfrentarme al mundo.

Mi padre me llamó y me invitó a comer — no en casa, quedaríamos fuera, como si fuera solo trabajo, cuando en realidad estábamos pasando nuestros mejores ratos juntos, padre e hijo reencontrándose. Lo echo de menos.

Tenía curiosidad por saber cómo me sentía después de esta experiencia profesional — no quería los detalles ni los pormenores, siempre había sido un hombre reservado, nunca preguntaba, solo escuchaba y sonreía.

Le había dicho que quería estudiar — no en la escuela ni en la universidad, sino entrando en una biblioteca y, día tras día, explorando lo que los libros tenían que decir.

Se alegró y dijo: la cultura no viene solo de la experiencia — recuerda que la historia siempre se repite, los mismos ciclos una y otra vez, basta con leerla una vez y entender cómo funciona.

Pocas palabras, nada de teatro — también eso forma parte de quien soy hoy. La ironía me viene de mi madre, un rasgo heredado en realidad de mi abuelo materno.

Pero tendría que adaptar siempre mi lenguaje a quien tuviera delante, porque una palabra complicada muchas veces no es señal de cultura alguna — solo te hace parecer un imbécil ignorante que no tiene ni idea de qué demonios está diciendo.

Pensé en irme a Milán y apuntarme a un curso de gestión Kaiser, pero pedían 3.760.000 liras, y después de leerme el programa no me convencí de que mereciera la inversión.

Buscaba medirme con el saber de los demás, y encontré qué hacer: UN CURSO DE MERCHANDISER, donde podría afinar y mejorar lo que ya hacía en la práctica asentándolo en la teoría.

Pagué 650.000 liras por veinte horas semanales de clase — pero cómo acabó te lo cuento en el próximo episodio.

Solo un pensamiento: ya entonces intuía que algo en mí no funcionaba, o quizá funcionaba perfectamente, pero no sabía decir qué era. Fue la escritura, más tarde, la que lo aclaró todo.

Yo era alguien que nadie esperaba que existiera — y, sin embargo, era alguien.

Ferdinando